



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

**EL MALESTAR EPOCAL Y SU IMPACTO EN LAS INFANCIAS Y
ADOLESCENCIAS
ENTRE LA PRECARIZACIÓN, EL ABURRIMIENTO Y LA
BÚSQUEDA DE SENTIDO**

GABRIELA DUEÑAS

duegab@hotmail.com

El malestar epocal y su impacto en las infancias y adolescencias: entre la precarización, el aburrimiento y la búsqueda de sentido

Resumen

El malestar contemporáneo, caracterizado por la precarización de la vida, la presión al rendimiento y la fragmentación de los vínculos sociales no es un fenómeno que afecte únicamente a los adultos. Las infancias y adolescencias también se ven profundamente impactadas por este malestar epocal, manifestándose en síntomas como aburrimiento, ansiedad, apatía y deserción escolar, entre otros. Este artículo busca explorar cómo dicho malestar influye en los jóvenes, integrando aportes interdisciplinarios que permitan una comprensión integral del fenómeno. A través de este enfoque, pretendemos analizar de qué manera las condiciones sociales, económicas y culturales actuales moldean la subjetividad de las nuevas generaciones, con el fin de brindar herramientas que permitan acompañarlas y atenderlas de manera más efectiva, tanto en el ámbito educativo como en el clínico, en su búsqueda de sentido.

Palabras clave

Malestar epocal; Infancias y adolescencias; aportes interdisciplinarios; comprensión integral

Abstract

Epochal malaise and its impact on childhood and adolescence: between precariousness, boredom, and the search for meaning

Contemporary malaise, characterized by the precariousness of life, pressure to perform, and the fragmentation of social ties, is not a phenomenon that affects only adults. Childhood and adolescence are also deeply impacted by this epochal malaise, manifesting in symptoms such as boredom, anxiety, apathy, and school dropouts, among others. This article seeks to explore how this malaise influences young people, integrating

interdisciplinary contributions that allow for a comprehensive understanding of the phenomenon. Through this approach, we aim to analyze how current social, economic, and cultural conditions shape the subjectivity of the new generations, in order to provide tools that allow us to accompany and care for them more effectively, both in the educational and clinical fields, in their search for meaning.

Keywords

Epochal malaise; Childhood and adolescence; interdisciplinary contributions; comprehensive understanding

Resumen curricular

Doctora en Psicología. Licenciada en Educación y Psicopedagoga. Prof. Titular de Grado, Posgrado y Extensión en varias Universidades Nacionales en Argentina. Entre ellas: UNR, UNMA, USAL, UNCo. Profesora del Instituto de Formación Docente Nro 39 de Pcia de Bs As. directora y jurado de numerosas Tesis de Posgrado y evaluadora de artículos de Revistas con Referato abocadas a temáticas vinculadas con los malestares infanto juveniles actuales y sus derechos en juego. Ex consultora de Proyectos alta complejidad en Salud Mental de la Dirección Ejecutiva de la ANDIS (2020- 2023). Psicopedagoga a cargo de EOE en todos los niveles varios colegios de AMBA, entre ellos Escuela Escocesa San Andrés, La Salle de Florida, Colegio San Nicolás, etc. Ex miembro fundadora del Forum Infancias. Equipo Interdisciplinario abocado al avance de la patologización y medicalización de las infancias y adolescencias. Autora de numerosas publicaciones en temas de su especialidad, infancias, adolescencias, derechos, salud mental, educación y discapacidad. Entre ellas: "Niños en peligro. La escuela no es un hospital". "Niños o síndromes? La patologización de las infancias". "Invención de enfermedades", entre otros.

El malestar epocal y su impacto en las infancias y adolescencias: entre la precarización, el aburrimiento y la búsqueda de sentido

Introducción

El malestar contemporáneo, caracterizado por la precarización de la vida, la presión al rendimiento y la fragmentación de los vínculos sociales no es un fenómeno que afecte únicamente a los adultos. Las infancias y adolescencias también se ven profundamente impactadas por este malestar epocal, manifestándose en síntomas como aburrimiento, ansiedad, apatía y deserción escolar, entre otros. Este artículo busca explorar cómo dicho malestar influye en los jóvenes, integrando aportes interdisciplinarios que permitan una comprensión integral del fenómeno. A través de este enfoque, pretendemos analizar de qué manera las condiciones sociales, económicas y culturales actuales moldean la subjetividad de las nuevas generaciones, con el fin de brindar herramientas que permitan acompañarlas y atenderlas de manera más efectiva, tanto en el ámbito educativo como en el clínico, en su búsqueda de sentido.

1. El malestar epocal: una mirada desde la economía política y libidinal

El malestar que define nuestra época no es un fenómeno aislado, sino el resultado de un sistema socioeconómico que prioriza la productividad por encima del bienestar humano. Fernández-Savater (2025) analiza cómo la precarización de la vivienda, el empleo y los vínculos afectivos ha generado un malestar generalizado en la sociedad. Este fenómeno no puede entenderse únicamente como un problema individual, ya que tiene raíces estructurales en el sistema neoliberal, el cual exige un rendimiento constante y promueve la auto explotación como norma.

Byung-Chul Han (2012), en su obra **La sociedad del cansancio**, profundiza en esta problemática al describir cómo el neoliberalismo ha transformado a la sociedad en una "sociedad del rendimiento". En este contexto, los individuos se ven obligados a

maximizar su productividad y eficiencia en todos los ámbitos de la vida. Han argumentado que esta presión constante conduce a un agotamiento emocional y a una sensación de vacío existencial, particularmente entre los jóvenes, quienes son especialmente vulnerables a las demandas del mercado. Esta perspectiva subraya que el malestar epocal no es simplemente una cuestión individual, sino el resultado de un sistema que privilegia el rendimiento sobre el bienestar humano.

En este escenario, las infancias y adolescencias no están exentas de esta presión. Desde edades tempranas, se les insta a percibirse como "capital humano", es decir, como sujetos que deben optimizar sus habilidades, su imagen y su rendimiento para competir en un mercado cada vez más exigente. Fernández-Savater denomina esta dinámica "economía libidinal", un mecanismo que lleva a los jóvenes a internalizar las demandas del sistema, convirtiéndose en agentes activos de su propia explotación. El resultado es una profunda sensación de vacío y desorientación, ya que sus vidas quedan dominadas por una lógica mercantil que les exige mucho, pero les ofrece poco en términos de proyectos de vida significativos.

La patologización y medicalización del malestar —expresado en ansiedad, depresión y angustia— representa una respuesta superficial a problemas de raíces profundas. En lugar de abordar las causas estructurales del sufrimiento, se opta por tratar los síntomas individuales, lo que contribuye a despolitizar el malestar y a perpetuar el sistema que lo genera. Así, los jóvenes son medicalizados para "funcionar" en un sistema que les exige un rendimiento constante, pero que no les garantiza condiciones de vida dignas ni horizontes de futuro esperanzadores.

2. El aburrimiento como síntoma del malestar epocal

En el ámbito educativo, el malestar epocal se manifiesta, entre otras formas, a través del aburrimiento. Corea y Lewkowicz (2004) analizan cómo este aburrimiento no

puede reducirse a una simple falta de interés, sino que debe entenderse como un síntoma de la crisis que atraviesan las instituciones tradicionales, como la escuela y la familia. En un mundo donde estas instituciones han dejado de proporcionar un marco de sentido, los jóvenes experimentan una profunda desorientación y desconexión.

Las escuelas, en particular, han perdido su función tradicional como espacios de socialización y formación de ciudadanos. En lugar de ser ámbitos donde los jóvenes puedan construir su identidad y encontrar un propósito, se han convertido en "galpones" donde coexisten sin un objetivo claro. Este vacío institucional genera un aburrimiento profundo, que no es pasivo, sino que refleja una respuesta activa ante la falta de sentido en su entorno. Siguiendo a Fernández-Savater (2025), los jóvenes no están simplemente "desmotivados"; más bien, están reaccionando a un sistema que les ha fallado.

En este sentido, Ivan Illich, en su obra "La sociedad desescolarizada", publicada a principios de los años setenta, ya señalaba que las instituciones educativas tradicionales han perdido su capacidad para adaptarse a las necesidades reales de los estudiantes. Esta crítica refuerza la necesidad de repensar el papel de las escuelas en la sociedad contemporánea.

Por su parte, Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron (1977), en "La reproducción", advierten que las escuelas no solo transmiten conocimientos, sino que también reproducen las desigualdades sociales. Desde la sociología de la educación, esta perspectiva complementa la idea de que el aburrimiento en las aulas no es únicamente un problema de falta de interés, sino también una respuesta a un sistema educativo que perpetúa las jerarquías sociales existentes. Los jóvenes, especialmente aquellos provenientes de clases desfavorecidas, perciben que las escuelas no les ofrecen oportunidades reales de movilidad social, lo que contribuye a su desmotivación y, en muchos casos, a la deserción escolar.

El aburrimiento está profundamente vinculado a la soledad y a la fragmentación de los vínculos sociales. Los jóvenes, inmersos en un mundo hiperconectado pero superficial, experimentan una sensación de aislamiento que contrasta con la aparente conectividad que los rodea. Aunque las redes sociales y los medios digitales prometen acercar a las personas, en la práctica suelen reforzar la desconexión, ya que las interacciones que facilitan son, en su mayoría, efímeras y carentes de profundidad. En este contexto, es importante destacar que el aburrimiento y la apatía no pueden reducirse a meras respuestas individuales; más bien, deben entenderse como síntomas de una sociedad que ha perdido la capacidad de ofrecer proyectos colectivos y significativos.

3. La búsqueda de sentido en un mundo fragmentado

Frente a este panorama, es válido profundizar en la idea de que los jóvenes buscan formas de resistir y encontrar sentido en un mundo que les ha fallado. Esta perspectiva permite comprender muchas de sus conductas, las cuales, desde la mirada adulta, suelen resultar inexplicables sin recurrir a su patologización. Al respecto, Fernández-Savater (Op. Cit.) propone que lo que se clasifica como "trastornos de salud mental" puede interpretarse como una forma de protesta silenciosa contra el estado actual de las cosas. Desde este enfoque, las infancias y adolescencias contemporáneas no estarían simplemente deprimidas, sino en una especie de "huelga existencial", resistiendo un sistema que les exige demasiado y les ofrece poco.

Esta búsqueda de sentido se expresa a través de prácticas culturales alternativas, un fenómeno que ha sido abordado desde la psicología cultural. Jerome Bruner, a fines de la década de 1990, argumentaba que los seres humanos construyen su identidad mediante narrativas culturales. Según Bruner, estas prácticas no son meras respuestas individuales, sino que reflejan una búsqueda de identidad y pertenencia en un mundo fragmentado. En este marco, resulta relevante analizar el uso —o incluso el abuso— que

los jóvenes contemporáneos hacen de narrativas como los videojuegos o las redes sociales. Estas herramientas les permiten construir un sentido de sí mismos y de su lugar en el mundo, lo que podría interpretarse como una forma de resistencia frente a estructuras sociales que les han fallado.

Corea y Lewkowicz, por su parte, destacan la emergencia de nuevas subjetividades juveniles que ya no encajan en los moldes tradicionales de la escuela o la familia. Los jóvenes construyen su identidad a través de prácticas culturales alternativas, como el uso de redes sociales, videojuegos o el consumo de medios digitales. Aunque estas prácticas suelen ser percibidas como disruptivas, también pueden entenderse como intentos de encontrar sentido y pertenencia en un mundo que les ha fallado.

En un plano similar, en el contexto de la calle, los jóvenes encuentran formas de resistencia a través de su corporalidad. Tatuajes, marcas y juegos pueden ser interpretadas como expresiones de una subjetividad que busca afirmarse en un entorno hostil. A menudo estigmatizadas, estas prácticas reflejan una búsqueda de identidad y comunidad en un mundo que les ha negado ambas. El cuerpo se transforma así en un territorio de resistencia, un espacio donde los jóvenes intentan construir un sentido de pertenencia en un mundo que los ha expulsado.

4. La Educación Emocional como intento fallido de disciplinar el malestar

En el contexto educativo actual, la Educación Emocional se promueve como una herramienta para que los jóvenes gestionen sus emociones y desarrollen habilidades socioafectivas. No obstante, desde una mirada crítica, esta propuesta podría interpretarse como un intento de domesticar el malestar infantil y adolescente sin abordar sus raíces estructurales. Al reducir el sufrimiento a un problema de regulación individual, no solo se normalizan respuestas emocionales adaptativas, sino que se perpetúan las condiciones que generan dicho malestar. Este enfoque, afín a la psicología positiva, ha sido

cuestionado por simplificar la experiencia emocional, obviando su dimensión conflictiva y socialmente mediada.

Al centrarse en el autocontrol emocional, la Educación Emocional despolitiza el sufrimiento: transforma crisis colectivas —producto de condiciones socioeconómicas adversas— en fracasos personales. Así, refuerza la lógica neoliberal que responsabiliza al individuo de su bienestar, mientras ignora sistemas educativos rígidos, precarización laboral futura o exclusiones culturales. El riesgo es claro: se patologiza la disidencia emocional y se enmascaran las contradicciones del sistema.

La ilusión de la transparencia emocional

La premisa de que las emociones pueden identificarse, nombrarse y gestionarse de modo consciente desconoce la opacidad del psiquismo. El psicoanálisis revela que las emociones no son meros fenómenos cognitivos, sino expresiones de deseos, fantasías y conflictos inconscientes, arraigados en historias singulares y contextos materiales. Pretender "gestionarlas" técnicamente implica negar su complejidad, reduciendo el malestar a un déficit de habilidades, en lugar de interrogarlo como síntoma de condiciones de vida específicas.

El dispositivo de normalización emocional

Al establecer estándares de emociones "adecuadas", esta pedagogía estigmatiza lo disruptivo: la tristeza, la ira o la ansiedad —propias de la experiencia humana— se medicalizan como "negativas". Así, se aliena a los jóvenes de su singularidad y se naturalizan estructuras opresivas. Un ejemplo claro es cómo la exigencia de "optimismo" en aulas sobreexigidas culpabiliza al estudiante por su agotamiento, en vez de cuestionar modelos pedagógicos deshumanizantes.

La negación de la falta y el deseo

Mientras el psicoanálisis postula que el sujeto se constituye desde la falta y el deseo, la Educación Emocional promete una plenitud inalcanzable. Al buscar erradicar el malestar, niega su dimensión estructurante: el sufrimiento no es un error a corregir, sino un indicio de contradicciones vitales. Esta negación puede generar más frustración, al imponer ideales de autodomínio que ignoran la vulnerabilidad humana.

La razón frente al inconsciente: una soberanía imposible

Freud advirtió que el yo no es señor en su propia casa. Si las emociones emergen de procesos inconscientes, ¿cómo podría la educación controlarlas? La Educación Emocional sobreestima la voluntad consciente, olvidando que lo reprimido siempre retorna. En lugar de aspirar a una gestión perfecta, el psicoanálisis propone habitar la ambivalencia: aceptar que el conflicto psíquico es constitutivo.

En función de lo expuesto, resulta válido advertir entonces que la Educación Emocional, pese a sus buenas intenciones, mercantiliza la subjetividad al convertir las emociones en objetos de administración técnica, silenciando su potencial crítico. Frente a esto, el psicoanálisis invita a escuchar lo que el malestar revela —sobre el inconsciente, la historia y las condiciones materiales—, en lugar de acallarlo con recetas de felicidad. Quizá la verdadera educación emocional consista en aprender a tolerar la incompletud, sin ceder a la fantasía de un sujeto transparente y autónomo.

5. Hacia una alternativa: escuchar el malestar en lugar de disciplinarlo

Frente a los límites y riesgos de la Educación Emocional, es necesario proponer alternativas que permitan abordar el malestar de las infancias y adolescencias desde una perspectiva más amplia y respetuosa de su singularidad y sus derechos.

¿Qué se podría hacer desde las escuelas?

En lugar de buscar disciplinar las emociones, las escuelas deberían promover espacios de escucha y contención, donde los jóvenes puedan expresar libremente sus emociones, conflictos y preocupaciones.

Estos espacios no deberían tener un carácter normativo, sino más bien ofrecer un lugar donde los jóvenes se sientan escuchados y contenidos. La figura de un orientador, psicopedagogo o psicólogo escolar con formación psicoanalítica podría ser clave, ya que permitiría a los estudiantes explorar sus emociones sin juicios ni presiones hacia la "normalización". Además, las escuelas podrían integrar actividades creativas, como talleres de arte, música o escritura, que permitan a los jóvenes canalizar sus emociones de manera no verbal.

En lugar de promover una idea de bienestar constante, las escuelas podrían enseñar que el malestar forma parte de la vida y que no siempre es necesario "solucionarlo" de inmediato. Esto implica ayudar a los estudiantes a desarrollar estrategias para afrontar las adversidades y tolerancia a la frustración.

Respecto de esto último resulta necesario advertir que las/os docentes son figuras clave en el desarrollo emocional de los estudiantes. Por ello, es fundamental que reciban formación en salud mental para comprender mejor las dinámicas emocionales de sus estudiantes y evitar respuestas punitivas o normalizadoras.

Asimismo, no se puede dejar de señalar que entre una de las mayores fuentes de sufrimiento emocional para muchos estudiantes es el "acoso escolar". Al respecto, las escuelas deben implementar programas efectivos de prevención y detección temprana, promoviendo un clima de respeto y solidaridad a partir de actividades que fomenten la empatía, la comprensión del otro y la resolución pacífica de conflictos, como así también establecer mecanismos claros para identificar y abordar situaciones de acoso, con un enfoque en la reparación, no punitivo.

Por su parte, resulta necesario tener siempre presente que el desarrollo mental saludable no ocurre en el vacío, sino en el contexto de las relaciones familiares y comunitarias. En este sentido, las escuelas podrían actuar como un puente entre los estudiantes y sus entornos, facilitando la comunicación y el apoyo mutuo a partir de la promoción de:

- Talleres para padres en los que puedan aprender sobre el desarrollo emocional de sus hijas/os y cómo apoyarlos sin caer en la sobreprotección o la exigencia excesiva.
- Trabajo comunitario: Actividades que conecten a los estudiantes con su comunidad, fomentando un sentido de pertenencia y responsabilidad social.

En otras palabras, las escuelas podrían incorporar una perspectiva de salud mental comunitaria a partir de los aportes del psicoanálisis contextualizado que reconozca la existencia del inconsciente y la inevitabilidad del conflicto psíquico considerando los condicionantes determinados por la historia y condiciones de vida. Esto implica aceptar que no todas las emociones pueden ser "resueltas" o "gestionadas", y que a veces es necesario convivir con la ambivalencia y la incertidumbre. Con este propósito sería saludable introducir conceptos básicos de salud mental comunitaria en el currículo, adaptados a la edad de los estudiantes, para que comprendan mejor su propio psiquismo en articulación con espacios de reflexión que promuevan la introspección y el diálogo interno, y con "otros" pares y adultos, como herramientas para enfrentar los conflictos emocionales.

¿Qué podemos hacer desde el ámbito de la clínica en salud mental?

Desde el ámbito clínico, especialmente desde una perspectiva psicoanalítica y comunitaria, se pueden implementar estrategias que complementen y enriquezcan el trabajo en las escuelas, evitando caer en lógicas individualizantes o patologizantes.

- Intervenciones clínicas que cuestionen la medicalización del malestar

- Diagnósticos situados: Evitar etiquetas psiquiátricas estandarizadas (como TDAH o depresión) que reducen el sufrimiento a categorías biologicistas, y en su lugar, explorar los determinantes sociales, familiares y escolares que subyacen al malestar.
- Espacios terapéuticos críticos: Promover abordajes terapéuticos que no busquen "adaptar" al sujeto a las demandas del sistema, sino que interroguen las condiciones que producen su sufrimiento (ej: terapia vincular, enfoques comunitarios).
- Articulación con las escuelas desde una lógica no intrusiva
- Asesoramiento a docentes: Ofrecer talleres para que los educadores puedan identificar señales de angustia sin patologizar, diferenciando entre crisis de las complejidades propias del proceso de constitución subjetiva y situaciones que requieren derivación clínica.
- Intervenciones en red: Trabajar conjuntamente con orientadores escolares para diseñar estrategias de acompañamiento a estudiantes, priorizando la escucha sobre lógicas disciplinadoras.
- Clínica comunitaria y prevención
- Talleres en barrios y escuelas: Espacios grupales donde se discutan temas como violencia, exclusión o identidad, usando herramientas del psicoanálisis (asociación libre, narrativas) para que los jóvenes elaboren sus propias experiencias.
- Atención a familias: No solo como "responsables" del malestar infantil, sino como sujetos también afectados por condiciones estructurales (precariedad, migraciones, etc.).
- Investigación y denuncia de las condiciones que generan sufrimiento
- Producción de datos críticos: Documentar cómo políticas educativas, recortes presupuestarios o modelos pedagógicos rígidos impactan en la salud mental infantil, para visibilizar la necesidad de cambios estructurales.

- Promoción de modelos alternativos: Difundir experiencias clínicas que demuestren la eficacia de enfoques “no medicalizadores” y centrados en la singularidad (ej.: proyectos basados en el arte o la participación comunitaria).
- Ética clínica frente a la demanda escolar
- Rechazar el rol de "controlador": Muchas escuelas esperan que los profesionales "normalicen" conductas disruptivas. La clínica debe redireccionar su lugar, dejando claro que su objetivo no es disciplinar, sino alojar la subjetividad.
- Trabajar con lo "ingobernable": Acompañar a niñas/os y adolescentes cuya sintomatología (ira, desinterés, rebeldía) interpela a la institución escolar, ayudándoles a encontrar formas de expresión no autodestructivas.

En síntesis, la clínica en salud mental tiene un rol clave. Puede ser un espacio de resistencia frente a la patologización y medicalización del malestar infantil y la privatización del sufrimiento. Al vincularse con escuelas desde una perspectiva crítica, puede:

- Cuestionar las causas estructurales del sufrimiento.
- Proteger la singularidad de niñas/os y adolescentes frente a normas emocionales opresivas.
- Profundizar la escucha, recordando que el síntoma no es un error a eliminar, sino un mensaje a descifrar.

A modo de cierre

El malestar epocal tiene un impacto profundo en las infancias y adolescencias, manifestándose en síntomas como el aburrimiento, la ansiedad y la deserción. Sin embargo, este malestar no es simplemente un problema individual, aunque así se pueda expresar, sino una respuesta a condiciones psico sociales y económicas que deben ser transformadas. Escuchar y contextualizar este malestar es esencial para crear un futuro

donde los jóvenes puedan encontrar sentido y pertenencia en un mundo cada vez más fragmentado.

La tarea no es fácil, pero es urgente. Como sociedad, debemos aprender a ver y leer las señales de malestar que los jóvenes nos envían, y trabajar juntos para construir un mundo donde el aburrimiento, la ansiedad y la deserción no sean la norma, sino excepciones en un entorno que prioriza el bienestar y la conexión humana.

Referencias

- Bruner, J (1990) *Actos de significado*. Ed. Prensa de la Universidad de Harvard
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1977). *La reproducción: Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Edit, Laia.
- Fernández-Savater, Amador. (2024) *Economía política y libidinal del malestar*. España. Ed Utopía.
- Corea, C y Lewkowicz, I (2004) *Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires. Ed Paidós.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Ed Herder. Barcelona
- Illich, I. (1971). *La sociedad desescolarizada*. México. Editorial Joaquín Mortiz.